

rasen ó que saliesen, no hablase ni se menease de allí, bajo pena de incurrir en su cólera: al amanecer, si el duque no hubiese salido, podía el Húngaro volverse á palacio. Este, que estaba habituado á esta clase de aventuras, se guardó muy bien de esperar al día, y en cuanto vió entrar al duque en la casa de Lorenzo, que sabía era su amigo, se volvió á palacio, se arrojó según su costumbre sobre un colchón que le tendían cada noche en la cámara del duque, y se durmió.

Durante este tiempo había subido el duque al cuarto de Lorenzo, donde había un buen fuego, y ya le aguardaba el amo de la casa. Entonces se quitó su espada y fué á sentarse sobre la cama. Inmediatamente Lorenzo le cogió la espada, y enroscando al rededor de ella el cinturón, que pasó dos veces por el puño, á fin de que el duque no pudiese sacarla de la vaina, se colocó á la cabecera de la cama diciendo al duque que tuviese paciencia interin iba á traerle la que aguardaba. A aquellas palabras salió, cerró la puerta tras sí, y como la puerta era de las de resorte, el duque, sin conocerlo, se encontró su prisionero.

Había dado cita Lorenzo á Scoronconcolo en el alto de la calle, y Scoronconcolo, fiel á la consigna, estaba en su puesto. Entonces Lorenzo muy gozoso, se llegó á él, y dándole tres golpecitos en el hombro:

—Hermano, le dijo, ha llegado la hora; tengo encerrado en mi cuarto al enemigo de quien te he hablado; ¿estás siempre en la intención de deshacerte de él?

—¡Marchemos! fué la única respuesta del esbirro; y los dos volvieron á entrar en la casa.

Al llegar á la mitad de la escalera, se detuvo Lorenzo.

—No repares, dijo volviéndose hácia Scoronconcolo, si ese hombre es amigo ó no del duque, y no me abandones.

—Perded cuidado, dijo el esbirro.

Sobre lo alto de la escalera Lorenzo se detuvo de nuevo:

—Cualquiera que sea ¿entiendes? añadió dirigiéndose por última vez á su acólito.

—Cualquiera que sea, respondió con impaciencia Scoronconcolo, aunque fuese el mismo duque.

—Bien, bien, murmuró Lorenzo sacando su espada y poniéndola desnuda debajo de su capa; y abrió la puerta poco á poco y entró seguido del esbirro.

Alejandro se había acostado sobre la cama con la cara vuelta hácia la pared, y probablemente estaba medio dormido, porque no se volvió al ruido; tanto que Lorenzo se adelantó hácia él, y diciéndole:

—¿Dormís, señor? le dió tan terrible estocada que la punta que le entró por la espalda le salió por el pecho, atravesándole el diafragma, y por consecuencia haciéndole una herida mortal.

Pero aunque herido mortalmente, el duque Alejandro, que era poderosamente fuerte, se lanzó de un brinco en medio del cuarto, y fué á ganar la puerta que había quedado abierta; cuando Scoronconcolo de un tajo de su espada le abrió las sienas y le derribó casi enteramente la mejilla izquierda. Detúvose el duque vacilando, y Lorenzo, aprovechándose de aquel momento, le cogió por el cuerpo, le volvió á tender en la cama y lo echó boca abajo poniéndose encima con todo el peso de su cuerpo. En aquel momento Alejandro, que como una fiera cogida en la red no había dicho nada todavía, dió un grito llamando socorro. Inmediatamente Lorenzo le puso la mano izquierda en la boca con tanta violencia, que el dedo pulgar y una parte del índice entraron en ella. Entonces por un movimiento instintivo apretó los dientes con tanta fuerza, que los huesos que mordía crugieron, y fué Lorenzo á su vez el que vencido por el dolor, se cayó de espaldas dando un grito terrible. Inmediatamente, aunque perdiendo sangre por las dos heridas y vomitándola por la boca, Alejandro se echó sobre su adversario, y doblándolo como una caña, trató de ahogarle con sus dos manos. Hubo entonces un momento terrible, porque el esbirro quería en vano acudir al socorro de su amo: los dos combatientes estaban de tal modo enlazados, que no podía herir al uno sin riesgo de herir al otro. Dió, sin embargo algunos golpes de punta por entre las piernas de Lorenzo, pero no había hecho nada mas que atravesar la ropa y el forro del duque, sin llegar á su cuerpo. De pronto se acordó que tenía un cuchillo. Entonces arrojó su grande espada que le era inútil, y cogiendo al duque en sus brazos, se mezcló á aquel grupo informe que luchaba en medio de la pálida luz que proyectaba en el cuarto el fuego de la chimenea, buscando un sitio donde herir. Por último, encontró la garganta de Alejandro, y allí metió la hoja de su cuchillo cuan largo era, y como vió que no caía todavía el duque, la volvió y revolvió de tal manera, que á fuerza de *barrenar*, dice el escritor Varchi, le cortó la arteria y le separó la cabeza casi de los hombros. Cayó el duque lanzando un terrible estertor. Scoronconcolo y Lorenzo, que habían caído con él, se levantaron y echó cada uno un paso atrás. Habiéndose mirado el uno al otro, asustados de la sangre que cubría su ropa y de la palidez que cubría su rostro:

—Creo que al fin ha muerto, dijo el esbirro.

Y como Lorenzo menease la cabeza en señal de duda, fué á coger la espada, y volvió á pinchar lentamente al duque, que no hizo movimiento alguno. No era mas que un cadáver.

Cogieronle el uno por los pies y el otro por los hombros, y todo manchado de sangre como estaba lo pusieron en la cama y echa-

ron sobre él la colcha. Después como estaba fatigado de la lucha, y dispuesto á ponerse malo, Lorenzo, se fué á abrir una ventana que daba á la *Via Larga*, á fin de respirar y reponerse y para ver tambien al mismo tiempo si el ruido que habían hecho había atraído á alguien. Aquel ruido había sido oído de algunos vecinos, y sobre todo de madama de Salvati, viuda de *Juan de las Bandas negras*, y madre de Cosme, que el se había admirado de aquella larga y obstinada barahunda. Pero como en la prevision de lo que pudiese suceder, veinte veces Lorenzo para acostumbrar á los vecinos había hecho un ruido semejante acompañándolo con gritos y maldiciones, todos creyeron reconocer en aquel rumor la vida habitual que pasaba este, á quien unos miraban como un insensato y otros como un cobarde, de modo que nadie en todo caso formó atencion; y en la calle y en las casas inmediatas todo parecia perfectamente tranquilo.

Entonces Lorenzo y Scoronconcolo un poco repuestos salieron del cuarto, que cerraron no solamente con el resorte, sino tambien con la llave; y Lorenzo habiendo bajado á casa de su mayordomo Francisco Zeffi, cogió todo el dinero contante que tenía en aquel momento en la casa, mandó á uno de sus criados llamado Freccia, que le acompañase, y sin mas comitiva que el esbirro y él, se fué, gracias á una licencia que anticipadamente había pedido, durante el día al obispo Marci, á tomar caballos de posta, y sin detenerse, y de un tiron se fué hasta Bolonia, donde solo se detuvo para curarse la mano, cuyos dos dedos estaban casi desprendidos, y que sin embargo volvieron otra vez á encarnarse y á unirse, aunque dejándole una eterna cicatriz. Después montando á caballo llegó hasta Venecia, donde entró la noche del lunes. En cuanto llegó hizo llamar á Felipe Strozzi, que desterrado hacia cuatro ó cinco años, se hallaba entonces en Venecia. Enseñándole entonces la llave de su cuarto:

—Tomad, le dijo: ¿veis esta llave? Pues bien, cierra la puerta de un cuarto, donde está el cadáver del duque Alejandro asesinado por mí.

Felipe Strozzi no quería creer semejante noticia. Pero el asesino sacando de su valija sus vestidos todos ensangrentados, y mostrándole la mano mutilada:

—Mirad le dijo, ved aquí la prueba.

Entonces Felipe Strozzi se arrojó en sus brazos, llamándole el Bruto de Florencia, y pidiendo la mano de sus dos hermanas para sus dos hijos.

En una casa contigua al palacio Riccardi fué donde Lorenzo dió de puñaladas con el auxilio del espadachin Scoronconcolo al duque Alejandro, hermano natural de Catalina de Médicis, primer duque de Florencia, y último descendiente de Cosme, el Padre de la

patria; porque el papa Clemente VII había muerto en 1534, y el cardenal Hipólito en 1535. Y con ocasion de este asesinato se notó una cosa estraña, á saber, que era la séstuple combinacion del número seis: había sido asesinado Alejandro en el año 1536, á la edad de veinte y seis años, el 6 del mes de enero, á las seis de la noche, con seis heridas, y después de haber reinado seis años.

La casa en que fué asesinado se hallaba situada en el sitio mismo en que hoy están las cuadras.

Ademas, el proverbio evangélico «el que á hierro mata á hierro muere,» fué aplicado á Lorenzo con toda su rigorosa exactitud. Lorenzo, que había matado por el puñal, murió por el puñal en Venecia el año 1557, sin que se supiese de qué mano había partido el golpe. Únicamente se recuerda que al subir al trono Cosme I, había jurado no dejar impune la muerte del duque Alejandro.

La muerte de Alejandro fué el último suceso importante que aconteció en este hermoso palacio. Abandonado en 1540 por Cosme I cuando resolvió habitar el Palacio Viejo, fué vendido á la familia Riccardi, cuyo nombre ha conservado, aunque haya vuelto en el reinado de Fernando III, creo, á la posesion de los Médicis.

Hoy la famosa academia de *La Crusca*, celebra allí sus sesiones, y se ocupa de adverbios y participios, como dice con mucha gracia Carlos Nodier.

Esto es menos poético, pero es mas moral.

## EL PALACIO VIEJO.

Aunque ya estaba vencida la jornada que había sido pasada entre el Domo y el palacio Riccardi, no quisimos volver á casa sin haber visitado la plaza del Gran Duque. Había oído hablar mucho de ella, había visto dibujos, y sabía que ofrecía mas que cualquiera otra en el mundo la reunion de recuerdos de historia, de arte y de los mas grandes sucesos de la república y del principado. Habíanme ademas recomendado que para que nada perdiese su aspecto grandioso fuese por una de las calles que desembocan enfrente del Palacio Viejo. Recordamos esta recomendacion. Tomamos la calle Martelli y la plaza del Domo, donde en nuestro primer asombro habíamos pasado sin reparar en el Brigallo, antiguo hospicio de espósitos, y las dos estatuas colosales de Pampalini representando á Arnolfo di Lapo y

á Brunelleschi, con los ojos fijos el uno sobre la iglesia y el otro sobre su cúpula. A la izquierda del primero, entre él y la casa de la cofradía de la Misericordia, está la calle de la Muerte, llamada así por la famosa tradición que ha inspirado á Scribe su poema de Gúido y Ginebra.

Dejando la plaza del Domo tomamos la calle de los Calzajoli; esta es á la vez una de las calles mas estrechas y mas históricas de Florencia. Como en todos tiempos ha estado poblada de artesanos, como dirige desde el Domo al Palacio Viejo, como en fin, apenas tiene diez pies de ancho, fué veinte veces el teatro de las luchas armadas tan frecuentes en tiempo de la república. Así es en Florencia como la calle de Vivienne en París, el parage obligado de toda persona que fuera de su hotel ó de su almacén tiene que andar quinientos pasos para negocios ó para divertirse.

Es cosa milagrosa además ver pasar al trote los carruages en medio de aquella muchedumbre sin exhalar un solo murmullo; tanta es la costumbre que de ceder el paso á cuanto cree superior tiene el pueblo de Florencia. Poned aquel número de carruages y aquel mismo número de gentes en una calle igual desembocando en el Palacio Real ó en las Tullerías, ó en la Bolsa, y habrá al día tres ó cuatro personas atropelladas y treinta ó cuarenta cocheros apaleados.

He habitado en Florencia cerca de quince meses en diferentes épocas y jamás he presenciado ni una disputa ni una desgracia.

Al extremo de la calle de los Calzajoli, está la linda iglesia del Orto, San Miguel, llamada así del jardín sobre que está construido, Orto, y del santo á que está consagrado. Era en otro tiempo un depósito de granos edificado por Arnolfo di Lapo, ese grande removedor de piedras; pero habiendo sido destruido por un incendio y queriendo la república secundar la inclinación del pueblo, que tenía una gran veneración por una de las virgenes mas milagrosas pintada sobre madera y clavada en uno de los pilares del pórtico, decretó que el depósito de granos se cambiase en iglesia.

Giotto fué el encargado de la transformación; formó en consecuencia el dibujo de la iglesia actual, que fué ejecutada bajo la dirección de Tadeo Gaddi. En cuanto á la imagen de la virgen, Andrés Orcagna, el pintor del Campo Santo, el arquitecto de la lógia de Lan-ci, fué el encargado de construir un tabernáculo digno de ella.

Estaba bien elegido el hombre como poeta, como escultor y como cristiano. Así todo lo que se puede hacer con una blanda cera, con un obediente yeso, lo hizo Andrés Orcagna con mármol. Es preciso verdaderamente tocar aquella obra maestra para cerciorarse de que no es una pasta de imitación, sino un trozo de mármol vaciado hecho hojas, cortado con un atrevimiento, con un capricho, con una ri-

queza de que no puede formarse idea sin haberlo visto.

Así se sale de allí de tal manera asombrado que apenas se fija la atención en dos grupos de mármol: el uno de Simon de Fiosole, y el otro de Francisco San Gallo. Había habido en otro tiempo allí magníficos frescos, de los que dos eran de Andrea del Sarto; pero sería inútil buscarlos hoy allí: en 1770 han sido cubiertos con un blanqueo de cal.

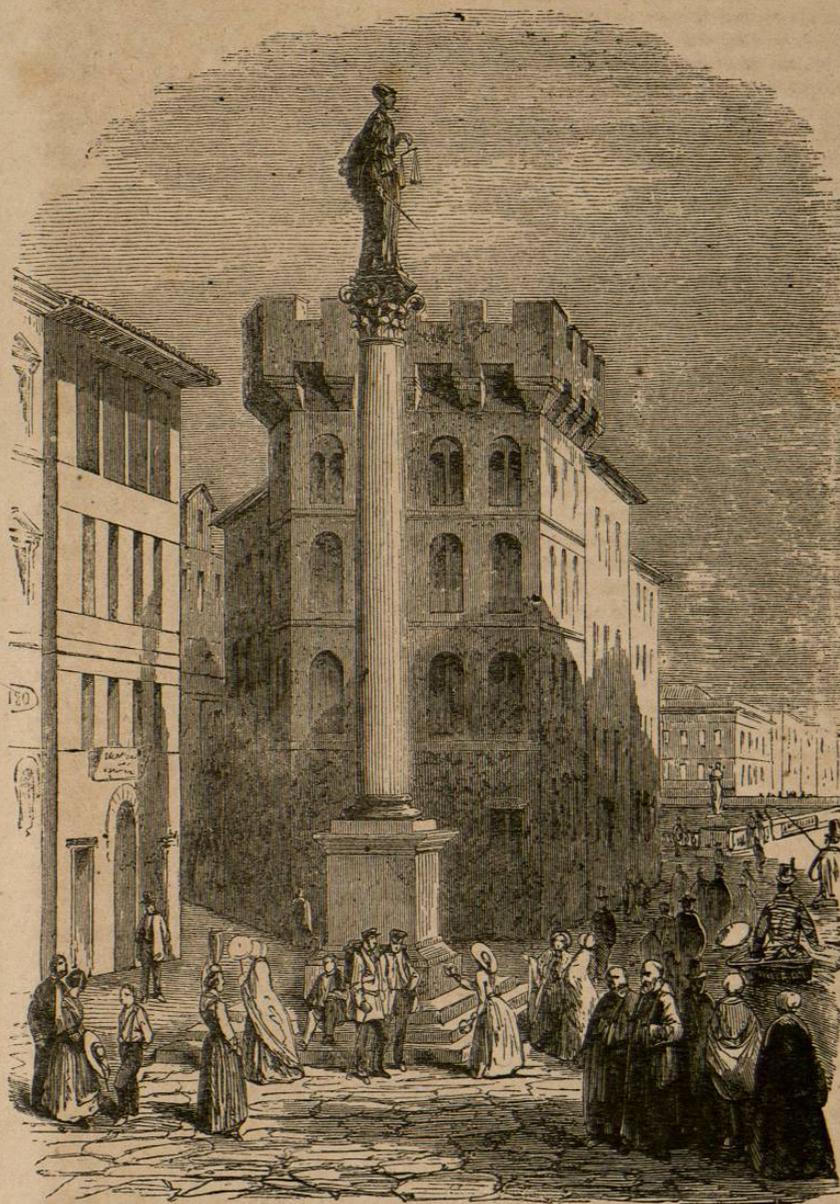
El exterior de la iglesia, si puede llamársela así, está erizado de estatuas. Allí hay un San Eloy de Antonio di Banco; un San Estéban, un San Mateo, un San Juan Bautista de Lorenzo Ghiberti; un San Lucas de Mino de Fiesole; otro San Lucas de Juan de Bolonia; un San Juan Evangelista de Baccio Monte Lupo; por último un San Pedro, un San Marcos, y sobre todo, un San Jorge de Donatello, al que seguramente podría decirse como al Zuccone: ¡Habla, habla! si no hubiera sido fácil ver en el altivo porte de aquel vencedor de dragones que era demasiado orgulloso para obedecer á una orden, aunque ésta orden le fuese dada por su creador.

Por grande que fuese la idea que de antemano me había formado de la plaza del Palacio Viejo, la realidad, debo confesarlo, fué todavía mas grande: al ver aquella masa de piedras tan poderosamente arraigadas en el suelo, coronadas de su torre que amenaza al cielo como el brazo de un titan, la antigua Florencia toda entera con sus güelfos y sus gibelinos, sus priores, su señoría, sus gremios, sus condottieri, su pueblo turbulento y su aristocracia altiva, se me presentaron cual si fuese á asistir al destierro de Cosme el Antiguo ó al suplicio de los Salviati. En efecto, cuatro siglos de historia y de arte están á derecha y á izquierda, delante y detrás, envolviendo á uno por todas partes y hablando á la vez con las piedras, el mármol y el bronce de Nicolás de Uzzanno, de Orcagna, de Renaud, de Albizzi, de Donatello, de Pazzi, de Rafael, de Lorenzo de Médicis, de Flaminio Vacca, de Savonarola, de Juan de Bolonia, de Cosme I y de Miguel Angel.

Buscad en el mundo entero una plaza que reúna semejantes nombres, sin contar los que olvido, y los olvido tal como Baccio Bandinelli, como el Ammanato, como Benvenuto Cellini.

Quisiera bien poner un poco de orden á este magnífico caos, y clasificar cronológicamente los grandes hombres, las grandes obras y los grandes recuerdos; pero esto es imposible. Es preciso cuando se llega á aquella plaza maravillosa ir donde os lleva la vista ó el instinto os guía.

Lo que se apodera desde luego del artista, del poeta, del arqueólogo, es el sombrío Palazzo-Vechio, blasonado con las antiguas armas de la república, entre las que brillan sobre azul, como estrellas sobre el cielo, aque-



Plaza de la Trinidad, en Florencia, pág. 90.

Las flores de lis sin número sembradas sobre el camino de Nápoles por Carlos de Anjou.

Apenas fué libre Florencia, quiso tener su casa de ayuntamiento para alojar un magistrado, y su campana para llamar al pueblo. Si se constituye un pueblo en el Norte ó una república en el Mediodía, el deseo de tener una casa de ayuntamiento y una campana, es el primer acto de su voluntad, y la satisfacción de este deseo la primer prueba de su existencia.

Así desde 1298, es decir, diez y seis años despues, los florentinos habian conquistado su constitucion, Arnolfo di Lapo recibió orden de la señoría de construirla un palacio.

Arnolfo di Lapo habia visitado el terreno que le reservaban, y habia formado en consecuencia su plan. Pero en el momento de poner los cimientos á su edificio, el pueblo le prohibió con grandes gritos colocar una sola piedra en el sitio donde habia estado situada la casa de Farinata de los Huberti. Arnolfo di Lapo se vió obligado á obedecer al clamor popular: retiró su palacio á un rincon y dejó libre el recinto maldito. Hoy es, y todavía ni piedra ni árbol han echado allí raíces, y nada se levanta en aquel sitio desde hace mas de seis siglos, allí donde una venganza ghelfa pasó el arado y lo sembró de sal.

Aquel palacio era la residencia de un gonfaloniero y de sus ocho priores, dos por cada cuartel de la ciudad: su cargo duraba sesenta dias, y durante este tiempo vivian juntos, comiendo á la misma mesa, no pudiendo salir de aquella residencia; es decir, que estaban poco menos que prisioneros: cada uno tenia dos criados para servirle, y tenian á sus órdenes siempre un notario dispuesto á escribir sus deliberaciones, el cual comia con ellos y estaba prisionero como ellos. En cambio del sacrificio que hacia cada prior á la república de su tiempo y de su libertad, recibian diez libras al dia, casi siete francos de nuestra moneda. La parsimonia privada se regulaba entonces por la economía pública, y el gobierno se encontraba así dispuesto para hacer grandes cosas en las artes y en la guerra. De aquí la viene el sobrenombre de magnífica república.

Se entra en el Palacio Viejo por una puerta colocada en la tercera parte casi de su fachada, y se halla uno en un pequeño patio cuadrado rodeado de un pórtico sostenido por nueve columnas de arquitectura lombarda. En medio de aquel patio hay una fuente coronada con un Amor antiguo con un pescado en la mano y descansando sobre un cántaro de pórfido. En la época del matrimonio de Fernando se adornó aquel pórtico con pinturas al fresco representando ciudades de Alemania vistas á vuelo de pájaro.

En el primer piso se halla la gran sala del consejo, ejecutada por las órdenes de la república y por las instancias de Savonarola. Mil

ciudadanos podian deliberar allí cómodamente.

Cronaca fué el arquitecto, y tanto apresuró la ejecucion, que Savonarola tenia costumbre de decir que le habian servido los ángeles de albañiles.

Cronaca tenia razon en darse prisa, porque tres años despues debia morir Savonarola, y treinta mas tarde caer la república.

Así aquella inmensa sala nada ha conservado de aquella época sino su forma primera: todos sus adornos pertenecen al principado; sus frescos y su techo son de Vassari; sus cuadros son de Cigoli, de Ligozzi y de Pascegnno; las estatuas son de Miguel Angel, de Baccio Bandinelli y de Juan de Bolonia.

Todo á la mayor gloria de Cosme I.

En efecto, Cosme I es una de esas estatuas gigantescas que la mano de la historia levanta como una pirámide para marcar el limite en que concluye una época y comienza otra. Cosme I era á la vez el Augusto y Tiberio de la Toscana, y esto es tanto mas exacto, cuanto que en la época en que Alejandro cayó bajo el puñal de Lorenzo, Florencia se halló en la misma situacion que Roma despues de la muerte de César: «no habia ya tiranos, pero tampoco habia libertad.»

Dejemos por un instante las piedras, los mármoles y los lienzos para examinar todos los vicios y todas las virtudes que la humanidad ha reunido en un solo hombre: curioso es el estudio, y bien merece la pena de que nos detengamos en él un momento.

Nació Cosme I en el antiguo palacio Salviati, convertido despues en el palacio Apparelli, en el medio del patio en el que aun hoy hay una estatua de mármol representando al gran duque con la vestidura real y la corona sobre la cabeza. Descendía de Lorenzo el Antiguo, hermano de Cosme, el Padre de la patria, cuya rama separada en la segunda generacion, se dividió en rama mayor y rama menor: era de la rama mayor Lorenzino y de la menor Cosme.

Su padre era aquel famoso Giovanni, el mas ilustre tal vez de todos aquellos valientes capitanes que existian en Italia en los siglos XV y XVI. El dia aniversario de su nacimiento soñó que le veia dormido en su cuna con una corona real en la cabeza. Le afectó de tal modo aquel sueño, que al despertarse resolvió tentar á Dios para saber cuáles eran sus designios sobre su hijo. En su consecuencia, mandó á su muger, Lucrecia de Médicis, y en tal concepto sobrina de Leon X, que cogiese el niño y le subiese al piso segundo. Obedeció Maria sin saber de que se trataba: entonces él bajó á la calle, llamó á su muger, que se presentó en el balcón, y estendiendo los brazos mandó que le echase el niño. Estremeciéndose hasta en el fondo de sus entrañas la pobre madre; pero Giovanni renovó la orden que ya habia dado con una voz tan imperiosa,

que obedeció volviendo la cabeza. Cayó el niño desde el piso segundo y fué recogido en los brazos de su padre.

—Está bien, dijo el impasible condottiero; mi sueño no me ha engañado y tú serás rey.

Entonces volvió á subir y entregó el pequeño Cosme á su madre, que le recibió mas muerta que viva.

En cuanto al niño, se notó que ni aun habia dado un grito.

Seis años despues de este suceso, Giovanni de Médicis fué herido encima de la rodilla delante de Borgo Forte con un tiro de arcabuz, en el mismo sitio donde habia recibido otra herida en Pavía. Era tan grave la nueva llaga, complicada sobre todo con la antigua, que se decidió el cortar la pierna. Quisieron atarle entonces á la cama para proceder á la operacion; pero declaró que como este asunto á nadie le tocaba mas que á él, queria verlo hacer. En su consecuencia cogió la luz y la tuvo hasta el fin de la amputacion, sin que ni una sola vez temblase su mano bastante para hacer vacilar la llama. Sea que la herida fuese mortal, sea que la operacion estuviere mal hecha, al dia siguiente espiró Giovanni de Médicis á la edad de veinte y nueve años.

Esta muerte fué de gran satisfaccion para los alemanes y los españoles, de quienes era el terror.

Hasta él, dice Guichardini, la infantería italiana era nula y desconocida: él fué el que aprovechando las lecciones que habia recibido del español marqués de Pescara, la organizó y la hizo célebre: así amaba tanto aquella tropa, que era su hija, que la abandonaba su parte de botín de la guerra, no reservando para sí sino la gloria.

Por su parte le amaban tan tiernamente los soldados, que no le llamaban jamás sino su maestro y su padre: á su muerte se vistieron todos de luto, y declararon que no dejarían aquel color, juramento que cumplieron con tal fidelidad, que Juan de Médicis fué desde aquella época llamado Juan de las Bandas negras, sobrenombre con que es conocido mas que con el nombre paterno.

Este Juan de las Bandas negras era el abuelo de Maria de Médicis, la que casó con Enrique IV.

Lucrecia de Médicis, que habia quedado viuda se consagró toda á su hijo. El jóven Cosme creció rodeado de maestros y constantemente vigilado por el ojo maternal. Criado seriamente fué grave desde niño, estudiando todas las cosas de guerra y del gobierno con igual aptitud, y apasionado sobre todo por las ciencias químicas y naturales.

A los quince años se habia ya marcado su carácter, que podia dar á los que se le acercaban una idea de lo que sería mas tarde. Lo acabamos de decir, su aspecto era grave y hasta taciturno: tardaba en formar relaciones familiares y dejaba difícilmente á nadie to-

mar familiaridades con él: pero cuando llegaba á concederle, era una prueba de su amistad, y su amistad era segura. Sin embargo, era discreto en todas sus acciones, aun para con sus mismos amigos, y no queria que se supiese lo que trataba de hacer sino cuando ya estaba hecho. Resultó de aquí que siempre parecia buscar un objeto contrario á aquel que se proponia, lo que hacia sus respuestas concisas y frecuentemente oscuras.

Este era Cosme cuando supo la noticia del asesinato de Alejandro, y la huida de Lorenzo, cuya fuga le dejaba sin opositor al principado: así tomó rápidamente su partido. Reunió algunos amigos con los que podia contar, montó á caballo y marchó desde su casa de campo en la que habitaba, á Florencia.

Cosme vió recompensada su confianza por la acogida que le hicieron. Entró en la ciudad en medio de las aclamaciones de alegría de todos los habitantes. Los recuerdos de su padre marchaban en torno suyo, y el pueblo, con el que se hallaban mezclados una multitud de soldados que habian servido bajo las órdenes de Juan de las Bandas negras, le acompañó hasta el palacio Salviati, gozoso y llorando y gritando á la vez: Viva Juan, y viva Cosme, viva el padre y el hijo.

Al dia siguiente Cosme fué nombrado gefe y gobernador de la república con cuatro condiciones:

Hacer indiferentemente justicia al rico y al pobre.

No consentir jamás en reconocer la autoridad de Carlos V.

Vengar la muerte del duque Alejandro.

Tratar bien al señor Julio y á la señora Julia sus hijos naturales.

Cosme aceptó esta especie de carta ó constitucion con humildad y el pueblo aceptó á Cosme con entusiasmo.

Pero sucedió con aquel gran duque lo que con todo hombre de genio que una revolucion eleva al poder.

Sobre el primer escalon del trono reciben leyes, sobre el último las imponen.

Difícil era la posicion en que se hallaba para un jóven de diez y ocho años: era preciso luchar á la vez contra los enemigos interiores y contra los exteriores. Era preciso sustituir un gobierno firme, un poder unitario y una voluntad duradera á todos aquellos gobiernos vacilantes ó tiránicos, á todos aquellos poderes opuestos el uno al otro, y por consecuencia destructores el uno del otro, á todas aquellas voluntades que tan pronto partiendo de lo alto ó tan pronto de lo bajo, formaban un eterno flujo y reflujo, sobre el cual era imposible fundar nada sólido y duradero. Y sin embargo, con todo esto era preciso contentorizar con las libertades del pueblo, á fin de que ni nobles, ni ciudadanos, ni artesanos, conocieran la mano de un señor. Era preciso, en fin, gobernar un caballo todavía indócil para

la tiranía con una mano de hierro cubierta de guante de seda.

Cosme era además en todos los puntos el hombre que se necesitaba para llevar á efecto aquella obra. Disimulado como Luis XI, apasionado como Enrique VIII, valiente como Francisco I, perseverante como Carlos V, magnífico como Leon X: tenia todos los vicios que constituyen la vida privada sombría, y las virtudes que constituyen la vida pública brillante. Así es que su familia fué desgraciada y su pueblo feliz.

Habia tenido de Leonor de Toledo, su muger, sin contar un príncipe que murió de un año, cinco hijos y cuatro hijas. Estos hijos eran:

Francisco, que reinó despues de él, el mismo que se casó con Bianca Capelo, cuya historia hemos contado.

Fernando que reinó despues que Francisco.

Don Pedro, don Juan y don García.

Las cuatro hijas eran:

Maria, Lucrecia, Isabel y Virginia.

Digamos rápidamente como la muerte se paseó en esta magnífica línea, donde entró como en la familia primitiva por un fratricidio.

Juan y García cazaban en las Maremmas: Juan, que no tenia mas que diez y nueve años, era ya cardenal: García no era todavía nada mas que el favorito de su madre. El resto de la corte estaba en Pisa, donde Cosme habia instituido un mes antes la orden de San Estéban y habia ido allí para darse á reconocer como gran maestre.

Los dos hermanos, que hacia largo tiempo se conservaban mutuamente un cierto rencor porque Juan era el querido de su padre, y García el de su madre, se pusieron á disputar con motivo de un gamo que cada uno de ellos pretendia haber muerto. En medio de la disputa, García sacó su cuchillo de caza y dió una puñalada á su hermano.

Juan, herido en el muslo, cayó pidiendo socorro. La gente de la comitiva de los dos príncipes acudieron, encontraron á Juan enteramente solo y bañado en su sangre, lo llevaron á Liorna, é hicieron avisar al gran duque de la desgracia que acababa de suceder. Corrió el gran duque inmediatamente á Liorna y curó él mismo á su hijo: porque el gran duque, uno de los hombres mas superiores de su época, tenia todos los conocimientos médicos que se podian tener en el siglo XVI. Pero á pesar de su celo y cuidado, Juan espiró en los brazos de su padre á los cinco dias de haber sido herido.

Cosme volvió á Pisa. Al ver aquella máscara de bronce con que tenia costumbre de cubrir su rostro hubiérase dicho que nada habia sucedido. García habia precedido á Cosme á Pisa, y se habia refugiado en el aposento de su madre donde esta le tenia oculto.

Sin embargo, al cabo de algunos dias,

viendo que Cosme no hablaba ya de su hijo muerto cual si nunca hubiese existido, animó al matador á que fuese á arrojarle á los pies de su padre á pedirle perdon; pero como temblase el jóven á la sola idea de hallarse cara á cara con su juez, para tranquilizarle le acompañó su madre.

Hallábase sentado el gran duque enteramente preocupado, en uno de los cuartos mas retirados de su palacio.

Presentáronse el hijo y la madre á la puerta de él. Cosme se levantó á su vista. Inmediatamente García corrió á donde estaba su padre, se arrojó á sus pies abrazando sus rodillas y pidiéndole perdon. La madre permaneció en la puerta estendiendo los brazos hácia su marido. Cosme tenia la mano metida en su justillo; sacó un puñal que tenia costumbre de llevar en el pecho, é hirió con él á don García, diciéndole:

—No quiero á un Cain en mi familia.

La pobre madre habia visto brillar la hoja del puñal, y se habia precipitado sobre Cosme. Empero á la mitad del camino recibió en sus brazos á su hijo que herido de muerte se habia levantado tambaleándose y gritando:

—¡Madre mia! ¡madre mia!

El mismo dia 6 de diciembre de 1562 espiró don García.

Y á contar desde aquel momento en que murió, Leonor de Toledo se acostó cerca de su hijo, cerró los ojos, y no volvió á abrirlos mas. Ocho dias despues espiró ella misma, unos dicen que de dolor, otros que de hambre.

Los tres cadáveres entraron secretamente y sin pompa en la ciudad de Florencia, y se dijo que los dos hijos y la madre habian sido arrebatados por las fiebres malignas de las Maremmas.

El nombre de Leonor de Toledo era un nombre fatal que traía desgracias. La hija de don García, padrino del jóven Francisco, y hermano de aquella otra Leonor de Toledo, cuya muerte acabamos de contar, habia venido jóven á la corte ó asustado de su tia, y allí habia florecido bajo el suave sol de la Toscana, como una de aquellas flores que han dado su nombre á Florencia.

Decíase aun, aunque en voz baja, en la corte, que el gran duque Cosme estaba perdidamente enamorado de ella. Y como conocian los amores del gran duque, añadian que habia seducido con el oro ó asustado con las amenazas á los criados de la jóven princesa, que habia penetrado una noche en su estancia y no habia salido de ella sino al dia siguiente por la mañana; despues á las noches siguientes habia vuelto, y este comercio adúltero habia concluido por causar tal escándalo, que habia casado á su jóven y hermosa querida con su hijo Pedro. Lo que al menos habia de seguro en todo esto es, que en el momento que menos se aguardaba, y sin que don Pedro mismo hubiese sido consultado, se habia decidido